CITA CON EL DIARIO

por Pedro Montero

Si se trataba del diario personal de su amigo, con anotaciones escritas apenas hacía una semana, ¿cómo se explicaba entonces que las pastas del diario apareciesen tan ajadas y sucias que daban la impresión de haber pasado por numerosas manos?

Algunos kilómetros después del último pueblo situado en terreno llano, la carretera comenzó a degradarse vertiginosamente. Su anchura disminuyó a ojos vista, el firme dejó de ser tal, y las curvas, sin ningún tipo de señalización, se hicieron más números de lo que pudiera considerarse conveniente para una conducción relajada. El paisaje, conforme el vehículo que yo manejaba iba ascendiendo hacia la modesta cadena de montañas, fue modificándose. La vegetación era ahora más densa, y el bosque había ocupado el lugar del matorral. Algunos animalillos salvajes se internaban en la espesura asustados por el ruido del motor, y desde allí, ocultos por el follaje, contemplaban con curiosidad el paso del vehículo. Me sentía en cierto modo vigilado, o si se prefiere, simplemente observado.

Al doblar un recodo, la casa apareció ante mí. Era una construcción ciertamente singular, y un punto extravagante. Lo que me llamó primeramente la atención fue el hecho de que, al menos para un recién llegado, no resultaba fácil identificar el destino para el que los constructores de aquel edificio se habían decidido a erigirlo.

Lo que a primera vista podía pasar por una gran casa solariega, adquiría, a los pocos minutos de ser observada, perfiles tan poco definidos, que lo mismo asemejaba un cierto tipo de fortaleza como recordaba las líneas esbozadas de una embrionaria catedral. La ilusión de que la mansión era algo todavía no acabado —sobre todo «algo»— se iba reafirmando en mi ánimo conforme la maltrecha carretera, antes de pasar a escasos metros de la puerta principal, rodeaba la singular construcción, permitiendo su contemplación desde todos los puntos de vista. Un saliente con forma de almena, una ventana tendente a la línea ojival, pero solamente en esbozo, una pilastra con cierto sabor egipcio, una sección de alero claramente modernista, la escalinata con aires versallescos, todo un maremagnum de estilos se daban cita en la curiosa edificación, que, resultando en cierto modo un muestrario o catálogo de formas

arquitectónicas, estaba exenta, no obstante, de la impresión de agobio y pesadez propia de lo que se quiere sincrético.

Detuve mi vehículo ante la puerta principal y contemplé durante unos momentos la fachada. Desde la parte frontal, la construcción ofrecía el aspecto de una noble casa solariega. Una breve escalinata conducía hasta la entrada. Gran parte de los muros estaban cubiertos por la hiedra, que no dejaba libres sino los huecos correspondientes a las amplias ventanas, y sobre la puerta, como poniendo de manifiesto la noble y añeja raigambre de la mansión, había un gran emblema o escudo de armas de dimensiones semejantes a las de un ventanal. Ya desde aquel momento me llamó la atención lo insólito de las representaciones y efigies esculpidas sobre el amplio cuadrilátero, pero la dificultad de contemplarlo enteramente, a causa de la hiedra que lo ocultaba en parte, y, sobre todo, el deseo de entrar cuanto antes en contacto con Diego, me impulsaron a no demorar más mi ingreso en la mansión.

Al no encontrar ningún otro sistema para anunciar mi presencia, levanté la pesada aldaba que, húmeda y resbaladiza, se me fue de la mano antes de que pudiera evitarlo y descargó un fuerte golpe sobre la madera del portón. El eco del aldabonazo pareció extenderse por todo el interior de la casa de igual manera que si se encontrara totalmente vacía, e instantes más tarde, como si las ondas sonoras hubieran estremecido paulatinamente el aire de cada una de las estancias, lo cristales de las ventanas trepidaron en temblorosa congruencia con mi llamada.

Un momento después, al no haber obtenido respuesta, di un segundo aldabonazo. Bajé los cinco escalones, y, retirándome un trecho, contemplé las ventanas. Nadie se asomó tras las grandes cristaleras emplomadas. Las cortinas permanecieron corridas, y, después de un tercer infructuoso intento, deduje que Diego no se hallaba en casa. Lo más probable era que, aprovechando las últimas luces del atardecer, se encontrara dando un paseo por los alrededores.

La temperatura iba descendiendo conforme el sol caminaba hacia su ocaso. Me introduce en el coche, y, encendiendo un cigarrillo, me dispuse a esperar a resguardo del frío, que comenzaba a hacerse notar, el regreso de Diego. Deseoso de romper de algún modo el silencio reinante en aquellos parajes, conecté la radio, pero, tras varios inútiles intentos de localizar alguna emisora, la apagué desilusionado. Seguramente la ubicación de la casa, las montañas circundantes, o algún otro accidente geográfico, no permitía la recepción de ninguna estación.

Cuando me desperté, sufría un intolerable dolor en el cuello debido a la posición adoptada en el asiento. El intenso frío me había entumecido brazos y piernas. Al incorporarme, mi mano pulsó inadvertidamente el claxon, y el alarido producido por la bocina me causó un considerable sobresalto. Algunos animales que sin duda se hallaban en las inmediaciones del coche emprendieron una rápida huida, y varios pájaros nocturnos levantaron el vuelo abanicando ruidosamente el aire con sus grandes alas.

Advertí con sorpresa que eran cerca de las diez y media. La noche había descendido mientras yo me encontraba durmiendo, y la mansión, a veinte metros escasos frente a mí, se dibujaba como una oscura mole contra un fondo aún más negro. Ninguna luz en sus ventanas permitía suponer que

Diego hubiera regresado ya; de otro modo, tendría que haber visto el coche y reparado en mi presencia.

Conforme me iba aproximando a la casa, me envolvió un viento helado, cuyas ráfagas agitaban las hojas de hiedra que tapizaba en parte la fachada principal. Con la linterna, que había tenido la precaución de coger del coche, iluminé sucesivamente la puerta y cada una de las ventanas. Por último, dirigí el haz de luz hacia el gran emblema situado a la altura del primer piso. El viento, que agitaba intermitentemente la hiedra, me permitió contemplar con más detalle la hechura del singular escudo, cuyos relieves parecían obra de un cantero que hubiera querido dar rienda suelta a una imaginación rayana en la demencia.

Tras golpear repetidamente con el aldabón en la puerta principal, abandoné las inmediaciones del porche y fui rodeando la casa a la búsqueda de alguna otra entrada que me permitiera el acceso a la mansión. En la parte trasera, enmarcada por un gran emparrado, hallé una pequeña puerta que no me fue difícil abrir. Una vez en el interior, comprendí que me encontraba en la cocina. El haz de la linterna arrancó velados resplandores de una gran cantidad de recipientes de cobre situados en dos repisas encima de un enorme hogar de hierro.

Caminando por un amplio pasillo, accedí al resto de las habitaciones de la planta baja, y, tras llamar varias veces en voz alta a Diego, a pesar de que tenía la certeza de que me hallaba solo en la casa. Decidí instalarme en la gran sala de estar a la espera de que mi amigo regresara, o, en todo caso, hasta que las luces del nuevo día me ayudaran a tomar una decisión sobre lo que me convenía hacer si Diego no aparecía.

Puesto que la casa carecía de instalación eléctrica, encendí algunos candelabros situados estratégicamente en distintos lugares de la habitación. El hallazgo sobre una silla de una gabardina y una bufanda pertenecientes a Diego disipó mis últimas dudas acerca de haber irrumpido subrepticiamente en una casa que no fuera aquella que había venido buscando. Por último, sobre una mesita próxima a una ventana, se hallaba la máquina de escribir de mi amigo, en cuyo tambor había una hoja de papel todavía completamente en blanco. Al no encontrar por ningún sitio folios mecanografiados, consideré que, seguramente Diego no habría avanzado mucho en la redacción de la novela, para la gestación de la cual, deseoso de soledad que le permitiera concentrarse en su trabajo, había alquilado aquella casa.

Teclee alegremente unas palabras sobre el folio impoluto, pero una extraña sensación un inexplicable malestar, me forzó a detenerme. El golpeteo de los caracteres me recordó el crujir de dientes de una persona presa de pánico, o el entrechocar de huesos que se agitaran en una fosa común.

En el hogar de la gran chimenea reposaban unos grandes leños apenas consumidos, y como el frío de la noche parecía penetrar aún a través de los muros, encendí un reconfortante fuego, y, arrellanándome en uno de los sillones de alto respaldo, me situé de tal modo que el calor de la lumbre fuera desentumeciendo mis miembros ateridos. Al poco tiempo, advirtiendo que la puerta de la habitación quedaba a mi espalda, corregí la posición del sillón de tal modo que, sin verme privado de los benéficos efectos del fuego, pudiera vigilar la entrada. La última imagen que mis

ojos percibieron antes de que me invadiera el sueño fue la del escudo de armas situado sobre la campana de la chimenea, fiel reproducción, a una escala más reducida, del que ostentaba la fachada de la mansión.

Durante gran parte de la noche fui presa de una pesadilla recurrente que no me permitió un reposo adecuado. El gran escudo aparecía repetidamente en mi sueño, y las incomprensibles figuras grabadas en cada uno de sus carteles se metamorfoseaban y cambiaban de lugar sin que en ningún momento me fuera dado percibir con claridad qué es lo que representaban. Apenas la pastosa materia que las constituía iba tomando una forma determinada, aunque incoherente, cuando —y creo que era preferible así— un súbito estremecimiento del muro disgregaba la incipiente representación. De aquel modo, innumerables esbozos, igual que fetos de perfiles imprecisos, fueron pasando ante mis ojos sin que aquellas continuas imágenes me resultaran en absoluto comprensibles.

A media noche me desperté entumecido y muerto de frío. El fuego se había consumido, así como también las velas de los candelabros, que no había tenido la precaución de apagar, y todo el salón se hallaba sumido en la mayor oscuridad. A pesar de que no veía nada en absoluto, experimentaba la sensación de que alguien se encontraba a escasa distancia de mí. Incluso creía sentir sobre mi nuca un aliento helado, cosa que me sumió en un pavor irracional y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, intenté llamar a Diego a gritos, pero tan sólo un débil lamento escapó de mis labios.

Recordando que había dejado la linterna sobre una silla próxima, alargué la mando hasta que di con ella, y aferrándola convulsamente oprimí el pulsador dirigiendo el haz luminoso hacia el punto en que supuse que se hallaba mi amigo. El rayo de luz hendió como una daga las tinieblas, y, atravesando la gélida atmósfera sobre la pared opuesta a la chimenea. En el centro de aquel luminoso círculo pude ver un pequeño cuadro en el que no había reparado hasta entonces, y, levantándome con gran precaución, una vez que me hube asegurado de que me encontraba solo en la estancia, me aproximé a él.

Lo primero que llamó mi atención fue la estrecha cinta de crespón negro que enmarcaba uno de los ángulos superiores del cuadrito. Al instante comprendí que se trataba de un símbolo de luto con que, en ciertos lugares, se señala que la persona retratada ha fallecido recientemente. Me aproximé más, y, cuando mi vista se posó sobre la rancia cartulina enmarcada en madera, comprobé con sorpresa y terror que el sujeto de aquella fotografía no era otro que mi amigo Diego.

<>

«Estimado amigo —comenzaba la carta que yo había recibido quince días atrás—: Me excuso de antemano por haber desaparecido tan súbitamente sin dejar rastro, pero cuando sepas que ha tenido que recorrer sesenta kilómetros en coche para echar esta carta al correo, espero que comprendas que mi forma de actuar no obedece a ningún tipo de descortesía. Tan sólo me ha movido a lo que sin duda habrá tenido en ti visos de huida, el deseo de aislarme en un lugar poco accesible para dedicarme a la redacción de mi novela.

He tenido la suerte de alquilar una casa de aspecto singular, pero de interior confortable, apartada de cualquier ruta frecuentada, donde me

dispongo a trabajar intensamente durante un mes o mes y medio. No obstante, a fin de hacerme perdonar por mi repentina desaparición, y —lo confieso— con objeto de aliviarme de la sensación de soledad que sin duda me embargará dentro de algún tiempo, te envío la dirección con la esperanza de que, sobre mediados de mes, me hagas una visita si así lo deseas. De sobra sabes que, a pesar del insufrible humor de que soy presa cuando me concentro en la redacción de un libro, me agradará gozar de tu compañía durante un fin de semana».

La carta terminaba con unas sinceras expresiones de afecto y reiterando la invitación a visitarle en los términos mas calurosos. Una posdata añadía precipitadamente, a juzgar por lo deformado de los caracteres, me llamó la atención y fue lo que en parte me impulsó a conocer el lugar en el que Diego se había instalado.

«Hay algo singular en esta casa y en esos parajes. Una especie de influjo que estimula mi poder creativo y que, en cierto modo, me está forzando a modificar el primitivo argumento de mi novela hacia derroteros que ni si quiera se me habían ocurrido antes de pisar estas tierras. Te espero.»

<>

<>

Tres campanas procedentes de un gran reloj de pared me sobresaltaron de súbito. El lento progresar de las barrocas manecillas parecía lo único dotado de vida en el interior de aquella mansión.

Provisto de la linterna me decidí a explorar la planta superior de la búsqueda de un dormitorio donde poder pasar el resto de la noche. Fui abriendo sucesivas puertas hasta que, finalmente, di con un cuarto en el que había una gran cama provista de colgadura. La habitación era demasiado amplia para resultar confortable, y, salvo el lecho y una pequeña mesa, completamente despojada de otro tipo de muebles. Pesados cortinajes ocultaban casi por entero tres grandes ventanales con los postigos echados.

No sin ciertas precauciones, descorrí las colgaduras y un confortable lecho apareció ante mis ojos. Sin duda se trataba del mismo que utilizaba Diego, puesto que, sobre un pesado cobertor había extendido un pijama; justo al lado de aquella prenda de dormir, reposaba un libro entre cuyas páginas había un fragmento de papel a modo de señal.

Depositando el libro y el pijama sobre la mesita, me desnudé rápidamente y me introduje entre las sábanas. Iba ya a apagar la linterna cuando experimenté curiosidad por saber qué clase de literatura era la que Diego leía antes de conciliar el sueño. Tiritando de frío corrí hacia la mesita, y, apoderándome del volumen, volvía a cubrirme con las mantas

El libro estaba encuadernado en piel, y sus pastas aparecían tan ajadas y sucias que daba la impresión de haber pasado por numerosas manos. No bien lo hube abierto cuando ante mis ojos aparecieron unas palabras manuscritas que rezaban: «Mi diario». Mi primer impulso fue cerrar el libro temeroso de violar la intimidad de unas páginas de contenido estrictamente personal, y así lo hice, pero un momento después se me ocurrió la idea de que, si como era lo más lógico, las anotaciones estaban fechadas, podría averiguar, fijándome tan sólo en la última, si Diego había abandonado la mansión aquel mismo día o varias fechas atrás.

Abriendo el diario por la señal, comprobé que las últimas confidencias databan de hacía más de una semana. Tentado estuve de pasar la vista por los apretados renglones, especialmente cuando advertí que, cada dos o tres hojas variaba el tipo de escritura, pero un resto de honestidad, no sé si bien entendida, me obligó a cerrar de nuevo el volumen.

Depositándolo en el suelo, al pie de la cama, apagué la linterna y me dispuse a trazar planes para el día siguiente, pero no bien habían transcurrido unos minutos, cuando lo confortable del lecho y la fatiga del largo viaje me sumieron en un profundo sueño.

Un fuerte golpe me despertó sobresaltándome cuando apenas había transcurrido una hora desde que me durmiera. La linterna, resbalando desde el lecho a impulsos de algún movimiento mío, había caído al suelo. Comprobé aliviado que no había sufrido desperfectos e, incapaz de volver a dormirme, me senté en la cama considerando qué significado podían tener la ausencia de Diego, su fotografía enmarcada con una cinta de crespón negro, ya la redacción de un extraño diario en el que, a juzgar por los diferentes tipos de escritura, había colaborado numerosas personas.

El viento ululaba junto a las ventanas y su continuo silbido comenzaba a alterar mis nervios. Apartando las mantas, me vestí tiritando de frío y me dispuse a pasar el resto de la noche en el salón de la planta baja. En alguna parte de la casa habría de hallarse la leña, y, una vez encendido un gran fuego, esperaría el amanecer hojeando el diario de mi amigo; cualquier escrúpulo a profanar un relato personal había disminuido hasta desaparecer ante lo insólito de la situación.

Antes de abandonar el dormitorio me dirigí hacia la ventana central, y, descorriendo los pesados cortinajes, abrí con precaución una de las dos hojas. La noche era completamente calma, y, a pesar de que continuaba oyendo el ulular del viento, ni la más pequeña rama de los árboles cercanos se agitaba a su impulso.

Abrí la ventana de par en par hacia la noche. Una luna llena especialmente pálida iluminaba fantasmalmente el paisaje que se extendía ante mis ojos. De pronto perdí momentáneamente el sentido de la realidad, y un segundo más tarde advertí que me hallaba subido en el alféizar de la ventana, como si quisiera salir por ella. Aterrado, volví a entrar en la habitación, y ya me disponía a cerrar el ventanal, cuando vi a alguien que, bajo uno de los árboles, hurtaba su figura a la mortecina claridad lunar: era Diego.

Dando un gran grito, le llamé por su nombre, pero él, sin ofrecer muestras de haberme oído, salió de la sombra y comenzó a aproximarse hacia la casa. Su rostros era de una palidez mortal, y la expresión de sus ojos denotaba tal amargura que las lágrimas acudieron a los míos sin poder evitarlo.

Cerré precipitadamente la ventana, y, tomando la linterna, bajé de dos en dos las escaleras a su encuentro. Atravesando el amplio salón, corrí hacia la puerta principal. Descorrí el herrumbroso cerrojo calculando que Diego se hallaría ya subiendo los cinco escalones que conducían al porche, pero, al abrir el pesado portón, nadie apareció ante mi vista. La noche era muy oscura, y un fuerte vendaval arrojaba centenares de hojas arrancadas de los árboles contra mi rostro. Empuñando con fuerza la linterna salí al exterior y enfoqué el haz luminoso en todas las

direcciones, pero todo resultó inútil: en las inmediaciones de la casa no había alma viviente.

Decepcionado y confuso, regresé a la mansión, y, tras cerrar cuidadosamente la puerta, reposé un momento en uno de los sillones del salón. No sabía si había sido presa de una alucinación o si, por el contrario, era Diego la persona a la que había creído ver bajo la luz de la luna.

Debajo de una sección del fogón de la cocina encontré algunos leños de tamaño considerable, y, acarreándolos hasta el salón, encendí nuevamente fuego en la chimenea tras algunos intentos fallidos. El calor de las llamas me reconfortó un tanto. Subí después al dormitorio para buscar el diario, y, arrebujándome en una manta que había tenido la precaución de tomar me senté en uno de los sillones, teniendo buen cuidado de no dar la espalda a la entrada.

Despreciando por el momento anotaciones de desconocidos, puesto que aquel parecía ser más el diario de la casa que el de una sola persona, me concentré en la lectura de las páginas manuscritas por mi amigo. Una simple ojeada al resto del libro hizo que mis cabellos se erizaran al advertir la lejanía de alguna de las fechas y las alambicadas rúbricas, trazadas sin duda con pluma de ave, que denotaban la fabulosa antigüedad del diario.

<>

«Doce de noviembre. Anoche encontré este libro en uno de los cajones de la cómoda, y esta mañana siento el deseo de confiarle mis pensamientos y mis impresiones; de dialogar en cierto modo con quien sea el verdadero dueño de este diario, como anteriormente han hecho otras personas. El hecho de que en la primera página aparezca escrito «Mi diario» me hace suponer que, en realidad, el libro pertenece a alguien, a alguien que se solaza en leer lo que los demás escriben y que, en cierto modo, se comunica así con las gentes o con el mundo. Experimento la necesidad imperiosa de confiar a estas páginas un relato, un breve extracto de mi vida, del tiempo que me ha tocado vivir, de las personas con las que trato».

<>

……………………………………………………………………………………………

<>

«Trece de noviembre: Me gusta esta casa, querido diario, me siento feliz en ella y con ella. Gozo al ir anotando en tus páginas los pequeños acontecimientos de cada día; gozo en narrar aquí la historia de mi vida, y siento que comienza a entablarse un diálogo entre mi persona y el dueño de este libro sobre el que escribo. Comprendo su necesidad de saber y de conocer, de comunicarse desde su soledad y lejanía inmóviles. Es más, desearía hacer siempre compañía a ese ser solitario, aunque reconozco que esa idea me asusta todavía».

<>

<>

……………………………………………………………………………………………

<>

«Catorce de noviembre: He concebido la idea de escribir en estas páginas mi novela. Deseo crear un mundo, un decorado vivo, unos personajes cálidos y animados que alegren a … (la palabra no resulta inteligible). Voy a crear para ti, para tu eterna inmovilidad y tu quietud continua, una historia de personas humanas que sufren y que son felices al mismo tiempo. ¿Qué cómo es posible?, me preguntas. Nada más cierto, te lo diré demostrando a través de estas páginas».
<>

……………………………………………………………………………………………
<>
En los días sucesivos ocupando un gran número de hojas, Diego había esbozado un argumento de novela, había bosquejado a sus personajes y definido los ambientes y las situaciones con tal genio y acentos de verismo que, al ir leyendo la sinopsis de aquella narración, no pude por menos de estremecerme. A la vez, mientras componía la trabazón de la novela, se libraba a diálogos y conversaciones con el diario, o con su verdadero dueño, respondía a preguntas, lanzaba exclamaciones, se entusiasmaba, se deprimía.

Poco a poco, al ir asimilando las sucesivas situaciones y entrando en conocimiento del carácter de los personajes, una sospecha, posteriormente confirmada, fue naciendo en mi espíritu: el protagonista de la novela, su modo de ser, y la descripción de su físico, apuntaban directamente a mí. Yo era el que, gracias a su genio creador, deambulaba a través de aquellas páginas tomando contacto con personajes reales unas veces, inventados otras; sumergido en situaciones y accidentes ficticios o tan verídicos como que habían ocurrido pocos meses atrás.

De este modo, y mientras avanzaba la noche, asistí a la recreación de mi propia vida narrada de tal forma que parecían las confidencias ofrecidas por una persona a otra de su total confianza. Cuando llegué al término de la sinopsis había lágrimas en mis ojos, cuyo caudal resultó acrecentado al volver la última página y recorrer con vista nublada la postrera anotación.

«Veinte de noviembre: Acabo de regresar del lugar habitado más cercano. He realizado el último de… deseos (antes de la palabra deseos podría leerse «mis» o «tus»; no aparece claro). He echado la carta al correo y le invito a que venga a verte… (aquí seguían una serie de renglones garabateados de modo absolutamente incomprensible, como si mi amigo estuviera librando una gran lucha consigo mismo o con alguien muy cercano)…

«La ventana central… la ventana… La ventana es la puerta, y en ella el escudo; tu blasón, tu insignia… Voy… voy… obedezco… »

Al pie de la última página manuscrita podía verse la firma y la rúbrica de Diego, tan desfiguradas, que pudieran haber hecho pensar en una falsificación de no haber leído los renglones precedentes e intuido su alterado estado de ánimo.

Cuando terminé de leer las páginas del diario temblaba de pies a cabeza. Depositándolo sobre un brazo del sillón, me acerqué al retrato orlado con el crespón negro y contemplé con miedo y tristeza el rostro de mi amigo. Sus ojos tenían la misma expresión de inmensa amargura que

había creído percibir cuando le vi desde la ventana central del dormitorio.

De pronto un estremecimiento recorrió violentamente todo mi cuerpo. ¡La ventana central! ¿No había visto yo a través de aquella ventana la figura de mi amigo bajo la luz de la luna llena?

Corrí hacia la puerta de entrada, y, entreabriéndola ligeramente observé el exterior oscuro como boca de lobo. Un ligero cálculo me bastó para comprender que aquella noche la luna se encontraba en su fase nueva ¿Qué significaba aquello, entonces?

¡La ventana central!

Si mi sentido de la orientación era correcto, el dormitorio en el que había reposado durante poco menos de una hora se hallaba justamente encima de aquel salón, y su estructura era simétrica. Siendo así que en el salón había dos ventanas a los lados de la puerta, era lógico pensar que, debido a la simetría antedicha, los huecos en el muro del primer piso deberían ser tres: tres ventanas.

Abandonando precipitadamente el salón, corrí escaleras arriba provisto de la linterna, e, irrumpiendo en el dormitorio, me aproximé a la ventana central y la abrí. La luna llena inundaba con su cálida claridad el paisaje nocturno. Mis ojos se dirigieron instintivamente hacia el sitio en que creí haber visto a Diego hacía algunas horas, y, con gran sorpresa por mi parte, a pesar de que deduje que mi coche debería encontrarse a unos metros escasos de aquel emplazamiento, no vi rastro de él.

De pronto escuché el ulular del viento en las dos ventanas laterales. La noche, no obstante, se ofrecía clamada atractiva contemplada desde la ventana central. Algo parecía llamarme desde el exterior, algo o alguien que hacía llegar hasta mi oído una muda invitación, y, sin poder resistirme, puse los pies sobre el alféizar de la ventana y, sujetándome en la tupida hiedra comencé a descender por el muro hasta que mis pies tocaron suelo.

Comencé a caminar sin mirar hacia atrás, y, cuando había andado ya varios metros me detuve sin volverme. Aquella no era la noche del cinco de diciembre, sino la Noche, en la total y terrible extensión de la palabra. Poco a poco, comencé a girar, la mole de la mansión fue apareciendo ante mis ojos, y al contemplarla enteramente bajo aquella luna sobrenatural, no vi ya la caprichosa síntesis de formas arquitectónicas. Las líneas de la construcción aparecían pura y definidas: se trataba de una edificación de características góticas.

Mis ojos, desorbitados por el terror, se dirigieron instintivamente hacia el primer piso. Contemplé las ventanas del dormitorio, y, tal como ya suponía, tan sólo había dos huecos practicados en el muro. En el espacio existente entre los dos ventanales, aquel por donde yo había salido al exterior, aparecía el enigmático y pavoroso escudo tallado en piedra.

Desesperado, notando que mi cuerpo se iba vaciando en la noche, trepé por el muro, asiéndome a la enramada de hiedra, y, cuando llegué al lugar hacia el que me dirigí, golpeé con desesperación sobre las deformes y pétreas siluetas del escudo de armas de la casa hasta que tuve que rendirme a la evidencia: allí nunca había existido una ventana.

Supe entonces que era inútil correr y alejarme de la mansión, el coche no existía ni quizás había existido nunca; seguramente no habría carretera, y, desde luego, a este lado de la inexistente ventana no había

nada ni nadie más que yo.

Mis pies se posaron de nuevo en el suelo. Ascendí por los cinco escalones del porche, y empujando la puerta, entré en el amplio salón. Mis ojos buscaron con ansia la fotografía enmarcada en crespón negro y un hondo suspiro escapó de mis labios a pesar de que ya había previsto aquel hecho: el tristísimo rostro impresionado sobre la amarillenta cartulina no era otro que el mío.

Sabiendo que debía hacerlo, tomé el diario y ascendí penosamente las escaleras que conducían al primer piso. Entré en el dormitorio y, tras contemplar el lienzo de pared en el que había practicados dos ventanales, me aproximé al muro, y, apoyando el libro sobre el lugar en que, con toda certeza, nunca había existido una tercera ventana, comencé a escribir:

«Querido diario: …»